



000197209

OPINION

LA EPOCA, Miércoles 31 de marzo de 1993 7

Presencia de Juan Rivano

CRISTIAN VILA RIQUELME

Es en la oblicuidad donde radica su fuerza y su vigencia, es en el parasitismo (entendido afirmativamente) donde "el hoyo en la sábana" se agranda y nunca más se puede ocultar.



Un día cualquiera, en el ágora, Platón definía al hombre como un bípedo implume. Diógenes el cínico, que andaba por ahí, fue en busca de un gallo, lo desplumó y lo plantó en medio del ágora diciendo: éste es el hombre que propone Platón. También se sabe que Diógenes vivía en un tonel, se alimentaba de lo que le tiraban y andaba como un farol encendido en pleno día buscando un hombre. Varios filósofos posteriores a éste han tenido posturas de crítica y de escarnio a la "filosofía oficial", más del lado de lo acontecido, del "día a día", que de la "rigurosidad" y de la sistematicidad de toda estructura teórica "que se respete como tal"; del lado de los tejedores más que de los mercaderes, de los metecos y no de la polis, de los navegantes que no son Ulises (el del famoso caballo de Troya). En esta línea de pensadores podríamos situar a un Spinoza, por ejemplo, a un Nietzsche, a un Wittgenstein, a algunos pensadores franceses contemporáneos como Deleuze o Lyotard, o a nuestro Juan Rivano. En todos ellos hay una postura ética que se abre hacia lo otro, hacia lo heterogéneo; que busca, en última instancia, el sentido de su existencia en los derroteros ajenos a los caminos de sacra de la homogenización, del poder y de su moral excluyente y arbitraria (disculpen la redundancia). Pero atención, esto no tiene nada que ver con la auto-exclusión o la marginación de una totalidad que está allí, sino que podríamos decir que habría aquellos que se reconocen en la totalidad y aquellos que la cuestionan desde su interior. Porque es impensable hoy en día la posibilidad del afuera: la marginalidad sólo puede traer como efecto la legitimación de lo que se pretende criticar. Hagamos más bien de que por un lado hay una manera de pensar que concuerda con el estamento de la polis, de la idea que se tiene de la totalidad, y, del otro, discursos que son, de algún modo, no discursos, o discursos meteco, nómada.

Ahora bien, ¿es posible pensar que la totalidad no es más que ilusión fragmentaria, vano nominalismo o, peor aún, desmascarada ficción? Por supuesto que sí, y es en ese sentido que nos será siempre impuesto un más allá necesario, una trascendencia perfecta (Dios, la ley, la moral). O, dicho en otros términos, está la chatura del cotidiano y está la eclosión formidable del concepto. Llevar esa a éste es la tarea de los guardianes de la totalidad. Demostrar que aquello es una fábula antinómica, que la confusión existe nada más que por el endiosamiento del concepto como trascendencia absoluta (en vez de tomarlo como herramienta) y el desprecio de la vida (en el sentido de un Nietzsche cuando define, por ejemplo, la moral como condena de la vida): es lo que querían hacer todos los que evitan y detestan las abstracciones de la sistematicidad. Porque la sistematicidad en tanto expresión de la totalidad producirá lo que sigue estando "en acto": hay una

manera de apropiarse y de enunciar el mundo que es verdadera porque está enunciada como totalidad, y la totalidad no puede ser más que universal. ¡Hermosa circularidad! Tal vez, pero lo que nos es grabado con fuego desde la más tierna infancia es que osar siquiera poner en entredicho el edificio entero se revela, parece, como estando en función de otra cosa. Así, en el momento del "caso Heidegger", por ejemplo, se atacaba ya sea su persona, ya sea la persona y su pensamiento (sin embargo expresión de la totalidad). Y nadie se preguntó nunca sobre la validez de aquella proposición que ha hecho for-

ma y que permite seguir estafando, a saber: que el nazismo es una aberración histórica. Si no, ¿cómo entender que un filósofo como Heidegger "no haya sabido darse cuenta", o bien —y eso es grave— el nazismo no es una aberración histórica, sino que está contenido al interior de la totalidad y sus despliegues. Es la esencia del Occidente entero la que se reveló allí, tanto en los campos de exterminio como "en la grandeza intrínseca del movimiento" (Heidegger). El problema no es saber si la filosofía de Heidegger es o no válida, si se puede estar al mismo tiempo en la filosofía y en la abyección, o si su filosofía

contiene al nazismo como tal: la cuestión es que el nazismo puede perfectamente contener una filosofía como la de Heidegger. Es más, la cuestión no es saber si es todavía posible filosofar después de Auschwitz. La cuestión es el cómo: cómo continuar la reflexión al interior de un pensamiento y de un sistema que no sólo produjeron Auschwitz, sino que lo contienen, lo reproducen y lo enmascaran en función de la distancia hipotéticamente cada vez menor —es el progreso— entre la voluntad general y la conducta individual.

Por eso, lo interesante es al fin de cuentas la posibilidad de que estos "discursos metecos", nómades, de los que se habla, puedan producirse al interior mismo de esta totalidad con los elementos que ésta se otorga para pensarse a sí misma, y en el hecho de que podamos, a ésta, malversarla, desviarla, operando una ruptura silenciosa y "sin cabeza visible". A largo plazo esto es mucho más "eficaz" que un discurso frontal.

Por eso no puedo estar de acuerdo con Ignacio Valente cuando, en un hermoso comentario al libro de Juan Rivano: *Diógenes. Los temas del cinismo*, dice que "la raza de filósofos contestatarios es indispensable en la historia del pensamiento, pero, por grande que sea su ingenio crítico, sólo alcanza un estatus parasitario, oblicuo y derivado en relación a los filósofos y moralistas de primera magnitud". Precisamente, como se ha dicho más arriba, es en esa oblicuidad donde radica su fuerza y su vigencia, es en ese parasitismo (entendido afirmativamente) donde "el hoyo en la sábana" se agranda y nunca más se puede ocultar. En ese sentido, Juan Rivano (que vive en Suecia y hoy nos visita con su lucidez de siempre) conserva toda su vigencia y toda su movilidad. El vivir "a expensas de las grandes construcciones intelectuales que critica" no me parece aquí algo lamentable o deslegitimador. La legitimidad o ilegitimidad no debería ni siquiera ocuparnos; ya se ha dicho más de una vez en esta sección que la vida es más diversa e infinita que eso. La ética, por consiguiente, sería una actitud de vida, de afirmación de ésta como multiplicidad y no como imposición. Porque "vivir como los lirios del campo y como las aves del cielo", como proponen los Evangelios, está muy bien, pero no invalida para nada "la sabiduría del ratoncillo autárquico de Diógenes" del que habla Rivano en su libro. A menos que se crea que el ratoncillo no merece vivir y si los lirios y las aves (lo que de paso sería prestar a Dios una imperfección esencial al haber creado seres inútiles o que no merecen vivir). Hay épocas o momentos en los cuales es necesario seguir el ejemplo del ratoncillo (que anda "de una a otra parte, sin buscar lecho, sin temer la oscuridad, ni anhelar ninguna de las cosas a propósito para vivir regaladamente") para poder, después de algún día, "vivir como los lirios del campo y como las aves del cielo".

(El autor es escritor y doctor en filosofía)

Presencia de Juan Rivano [artículo] Cristián Vila Riquelme.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vila, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Presencia de Juan Rivano [artículo] Cristián Vila Riquelme.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile